

Malala

MI HISTORIA

MALALA YOUSAFZAI
con PATRICIA McCORMICK

Traducido del inglés por Julia Fernández

Alianza Editorial

Título original: *I Am Malala*

Esta edición ha sido publicada por acuerdo con Little, Brown and Company, New York, New York. USA. Todos los derechos reservados.

El autor y la editorial han hecho todos los esfuerzos para que la información contenida en este libro sea correcta. Los acontecimientos, lugares y conversaciones se basan en recuerdos del autor. Se han modificado algunos nombres y detalles identificadores para proteger la intimidad de las personas.

Se han hecho todos los esfuerzos para cumplir los requisitos sobre la reproducción de material sujeto a copyright. El autor y la editorial rectificarán gustosamente cualquier omisión en la primera oportunidad.

Mapa: John Gilkes

Gracias a Hinna Yusuf por proporcionar el material para la cronología.

Primera edición: 2014

Segunda edición: 2015

Décima reimpresión: 2023

Reservados todos los derechos.

El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Copyright © 2014 by Salarzai Limited

© de la traducción: Julia Fernández, 2014

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2014, 2023

Calle Valentín Beato, 21; 28037 Madrid

www.alianzaeditorial.es



ISBN: 978-84-9104-191-7

Depósito legal: M. 26.553-2015

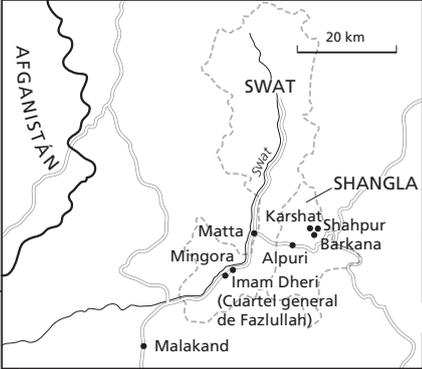
Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

Para los niños de todo el mundo que no tienen acceso a la educación, para los maestros que valientemente continúan enseñando y para todos los que han luchado por su educación y sus derechos humanos fundamentales.

Mapa de Swat, Pakistán y zonas limítrofes



AFGANISTÁN

IRÁN

PAKISTÁN

INDIA

TAYIKISTÁN

CHINA

WAZIRISTÁN

Linea de control

CACHEMIRA

BAJAUR

Kabul

Tora Bora

Mardan

Peshawar

Islamabad

Rawalpindi

Lahore

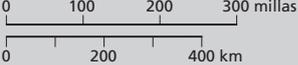
Qatta

Kandahar

Karachi

MAR ARÁBIGO

N



Índice

Prólogo	13
---------------	----

PARTE PRIMERA: ANTES DE LOS TALIBANES

1. Libre como un pájaro	23
2. Sueños	34
3. Un lápiz mágico	39
4. Una advertencia de Dios	43
5. La primera amenaza directa	46

PARTE SEGUNDA: UNA SOMBRA SOBRE NUESTRO VALLE

6. El Mulá de la Radio	53
7. Los talibanes en Swat	58
8. Nadie está a salvo	67
9. Caramelos del cielo	71
10. 2008: Cómo es vivir bajo el terrorismo	76

PARTE TERCERA: ENCUENTRO MI VOZ

11. Una oportunidad de hablar	85
12. El diario de una colegiala	89
13. Se acabaron las clases	97
14. La escuela secreta	102
15. ¿Paz?	107
16. Desplazados	114
17. En casa	122
18. Una humilde petición y una paz extraña	125
19. Por fin, buenas noticias	129

PARTE CUARTA: EN EL PUNTO DE MIRA

20. Me amenazan de muerte	135
21. La promesa de la primavera	138
22. Augurios	141
23. Un día como cualquier otro	145

PARTE QUINTA: UNA NUEVA VIDA LEJOS DE CASA

24. Un lugar llamado Birmingham	151
25. Problemas, soluciones	157
26. Cien preguntas	162
27. Pasando el tiempo	166
28. Ahora ya estamos todos aquí	171
29. Respuestas para las preguntas	177
30. Mensajes de todo el mundo	185
31. Un día agridulce	187
32. Milagros	192

Índice

33. Este nuevo lugar	197
34. La única cosa que todos sabemos	203
35. Aniversario	208
Epílogo: Una niña entre otras muchas.....	211
Agradecimientos	217
Créditos de las fotografías	221

INFORMACIÓN ADICIONAL

Glosario	225
Cronología de acontecimientos importantes	229
Nota sobre el Malala Fund	247
Sobre las autoras	249

Prólogo

Cuando cierro los ojos, veo mi cuarto. La cama está sin hacer, la mullida manta está arrugada a un lado porque llego tarde a un examen y me he levantado a toda prisa. En mi mesa está abierta mi agenda escolar en la página que lleva la fecha del 9 de octubre de 2012. Y el uniforme —el shalwar blanco y el kamiz azul— está colgado en una percha de la pared, esperándome.

Oigo a los niños del vecindario jugar al cricket en una callejuela que hay detrás de nuestra casa. Oigo el rumor del bazar, no muy lejos. Y, si escucho atentamente, oigo a Safina, mi amiga que vive en la casa de al lado, dando golpecitos en la pared para contarme un secreto.

Huelo el arroz que se está haciendo mientras mi madre se ocupa de todo en la cocina. Oigo a mis hermanos pequeños pelearse por el mando a distancia, y los canales de la televisión fluctuar entre *WWE SmackDown* y dibujos anima-

dos. Pronto oiré a mi padre llamarme por mi apodo con su profunda voz. «*Jani* —dirá, que en persa significa “querida amiga”—, ¿cómo marchaba hoy el colegio?» Me pregunta cómo han ido las cosas en el Colegio Khushal de Niñas, que él había fundado y donde yo estudiaba, pero yo siempre aprovecho para responder literalmente.

«*Aba* —responderé en broma—, ¡el colegio no marcha! En todo caso, camina lentamente.» Ésa es mi forma de decirle que las cosas pueden ir mejor.

Salí de mi querido hogar en Pakistán una mañana, pensando que, en cuanto acabaran las clases, volvería a meterme entre las sábanas. Sin embargo, acabé en el otro extremo del mundo.

Algunas personas dicen que ahora sería muy peligroso para mí volver. Que nunca podré regresar. Así que, de vez en cuando, vuelvo allí en mis pensamientos.

Pero ahora otra familia vive en aquella casa, otra niña duerme en aquella habitación, mientras yo estoy a miles de kilómetros de distancia. No me importan mucho las demás cosas que hay en mi habitación, pero sí me preocupan los premios escolares que hay en mi estantería. Incluso sueño con ellos algunas veces. Hay un premio de finalista del primer concurso de oratoria en el que participé. Y más de cuarenta y cinco copas y medallas doradas por ser la primera de la clase en exámenes, debates y competiciones. A otra persona le pueden parecer adornos de plástico sin valor. Pero, para mí, son recordatorios de la vida que amaba y de la niña que era... antes de salir de casa aquel día fatídico.

Cuando abro los ojos, me encuentro en mi nueva habitación. Está en una sólida casa de ladrillo en un lugar húmedo y frío llamado Birmingham, Inglaterra. Aquí sale agua corriente de cada grifo, fría o caliente, como prefieras. No hace falta traer las bombonas de gas desde el mercado para calentar el agua. Aquí hay habitaciones grandes con suelos brillantes de madera. Los muebles también son grandes y hay un televisor enorme.

Apenas se oye un ruido en este barrio de las afueras, tranquilo y verde. No hay niños riendo y chillando. No hay mujeres abajo cortando la verdura y charlando de sus cosas con mi madre. No hay hombres fumando y discutiendo de política. Sin embargo, a veces, a pesar de las gruesas paredes de la casa, oigo a alguien de mi familia llorar porque se acuerda de nuestro hogar. Entonces mi padre entra en casa y dice con voz fuerte: «¡Jani!, ¿Qué tal en el colegio?».

Ya no hacemos juegos de palabras. No me pregunta por el colegio que él dirige y en el que yo estudio. Pero hay algo de preocupación en su voz, como si temiera que yo no fuera a estar ahí para responderle. Porque no hace mucho tiempo casi me mataron, simplemente por defender mi derecho a ir a la escuela.

*

Era un día como muchos otros. Yo tenía quince años, estaba en noveno curso, y la noche anterior me había quedado demasiado tiempo levantada, estudiando para un examen.

Ya había oído al gallo cantar al amanecer, pero me había vuelto a dormir. Había oído la llamada a la oración de la mezquita que había cerca de nuestra casa, pero me había ocultado bajo la manta. Y había fingido que no oía a mi padre cuando vino a despertarme.

Entonces se acercó mi madre y me sacudió suavemente el hombro. «Despierta, *pisho* —dijo, llamándome “gatito” en pashtún, la lengua de los pashtunes—. ¡Ya son las siete y media y vas a llegar tarde al colegio!»

Tenía un examen de historia y cultura pakistani. Así que rogué apresuradamente a Dios. *Si es tu deseo, ¿sería posible que fuera la primera?* —susurré—. *¡Ah, y gracias por todos los éxitos que he conseguido hasta ahora!*

Con el té, me tomé a toda prisa un trozo de huevo frito y chapati. Mi hermano más pequeño, Atal, estaba especialmente pesado aquella mañana. Se quejaba de toda la atención que yo recibía por pedir que las niñas recibieran la misma educación que los chicos, y mi padre bromeó con él un poco mientras tomaba el té.

«Cuando Malala sea primera ministra algún día, podrás ser su secretario», dijo.

Atal, el pequeño payaso de la familia, fingió ofenderse.

«¡No! —gritó—. ¡Ella será *mi* secretaria!»

Toda esta charla casi me hizo llegar tarde y me apresuré a marcharme, dejando el desayuno a medio acabar en la mesa. Bajé corriendo por el sendero justo a tiempo de ver el autobús lleno de niñas de camino al colegio. Aquel martes

por la mañana subí de un salto y nunca volví la vista hacia nuestra casa.

*

El camino al colegio era rápido, sólo cinco minutos por la carretera y a lo largo del río. Llegué a tiempo y el día del examen pasó como de costumbre. El caos de la ciudad de Mingora nos rodeaba, con el ruido de los cláxones y las fábricas, mientras nosotras trabajábamos en silencio, inclinadas sobre nuestros papeles y completamente concentradas. Al salir del colegio, estaba cansada pero contenta; sabía que el examen me había salido bien.

«Vamos a quedarnos hasta el segundo turno —me dijo Moniba, mi mejor amiga—. Así podemos hablar un poco más.»

Siempre nos gustaba quedarnos hasta el último autobús.

Durante varios días había tenido una extraña e inquietante sensación de que algo malo iba a ocurrir. Una noche me encontré pensando en la muerte. *¿Cómo será estar muerta?*, me preguntaba. Estaba sola en mi habitación, así que me volví hacia La Meca y pregunté a Dios.

«¿Qué ocurre cuando te mueres? —dije—. ¿Qué se siente?»

Si moría, quería explicar a la gente lo que se sentía.

«Malala, eres tonta —me dije a mí misma—. Si estás muerta, no vas a poder explicar a nadie cómo fue.»

Antes de acostarme, pedí a Dios una cosa más. ¿Podría morir un poquito y regresar para poder decir a la gente cómo es?

Pero el día siguiente había amanecido claro y soleado, lo mismo que el siguiente y el otro. Y ahora sabía que había hecho bien mi examen. Los nubarrones que hubiera habido sobre mi cabeza habían empezado a despejarse. Así que Moniba y yo hicimos lo que siempre hacíamos: charlamos de nuestras cosas. ¿Qué crema para la cara estás usando? ¿Se había tratado la calvicie uno de nuestros maestros? Y, ahora que el primer examen había pasado, ¿sería muy difícil el siguiente?

Cuando llegó nuestro autobús, bajamos las escaleras corriendo. Como siempre, Moniba y las demás niñas se cubrieron la cabeza y la cara antes de salir del recinto y subir al *dyna*, la furgoneta blanca que era el «autobús» del Colegio Khushal. Y, como siempre, el conductor tenía preparado un truco de magia para divertirnos. Aquel día hizo desaparecer un guijarro. Por mucho que lo intentábamos, no conseguíamos descubrir su secreto.

Nos apretujamos dentro, veinte chicas y dos profesoras apiñadas en los tres bancos que se extendían de un lado a otro del *dyna*. El calor era sofocante y no había ventanas: sólo un plástico amarillento que golpeaba contra un lado, mientras avanzábamos a trompicones por las abarrotadas calles de Mingora en la hora punta.

La calle de Haji Baba era una confusión de rickshaws de vivos colores, mujeres con velos hinchados por el viento,

hombres en moto, tocando el claxon y zigzagueando por el tráfico. Pasamos junto a un tendero que estaba sacrificando pollos. Un muchacho que vendía helados de cucurucho. Una valla publicitaria del Instituto de Trasplante Capilar del Doctor Humayun. Moniba y yo estábamos absortas en nuestra conversación. Tenía muchas amigas, pero ella era mi amiga del alma, a la que contaba todo. Aquel día, cuando especulábamos sobre quién tendría las mejores notas ese semestre, una de las niñas empezó a cantar y el resto nos unimos.

Justo después de pasar la fábrica de dulces Pequeños Gigantes y la curva en la carretera, a no más de unos tres minutos de mi casa, el autobús se detuvo lentamente. Fuera reinaba una extraña calma.

«Hoy está esto muy tranquilo —dije a Moniba—. ¿Dónde está toda la gente?»

Después no recuerdo nada más, pero ésta es la historia que me han contado:

Dos jóvenes con vestimenta blanca se plantaron delante del autobús.

«¿Es éste el autobús del Colegio Khushal?», preguntó uno de ellos.

El conductor se rió. El nombre del colegio estaba pintado en letras negras a uno de los lados.

El otro joven saltó y se asomó a la parte de atrás, donde todas íbamos sentadas.

«¿Quién es Malala?», preguntó.

Nadie dijo nada, pero varias niñas miraron en mi dirección. Levantó el brazo y apuntó hacia mí. Algunas niñas gritaron y yo apreté la mano de Moniba.

¿Quién es Malala? Yo soy Malala, y ésta es mi historia.

PARTE PRIMERA
Antes de los talibanes

Libre como un pájaro

Soy Malala, una niña como cualquier otra... aunque tengo algunos talentos especiales.

Tengo articulaciones dobles y puedo chasquear las articulaciones de los dedos de las manos y los pies cuando quiero. (Y me encanta ver la cara de grima que pone la gente.) Puedo ganar un pulso a alguien que me dobla la edad. Me encantan los cupcakes, pero no los caramelos. No creo que el chocolate negro merezca ser llamado chocolate. Odio las berenjenas y los pimientos verdes, pero adoro la pizza. Creo que Bella, de *Crepúsculo*, es demasiado voluble y no entiendo por qué elige al aburrido de Edward. Como decimos mis amigas de Pakistán y yo, es un muermo.

No me gustan las joyas ni pintarme, y tampoco soy lo que podrías llamar muy femenina. Sin embargo, mi color favorito es el rosa y reconozco que me paso mucho tiempo delante del espejo probando peinados. Cuando era más peque-

ña, intentaba aclararme la piel con miel, agua de rosas y leche de búfala. (Cuando te echas leche en la cara, huele muy mal).

Afirmo que si abres la mochila de un chico, siempre está desordenada, y si miras su uniforme, siempre está sucio. Esto no es una opinión. Simplemente es un hecho.

Soy pashtún, miembro de una orgullosa tribu repartida entre Afganistán y Pakistán. Mi padre, Ziauddin, y mi madre, Toor Pekai, son de aldeas de las montañas, pero cuando se casaron, se fueron a vivir a Mingora, la ciudad más grande del valle de Swat, que está al noroeste de Pakistán, donde yo nací. Swat era conocido por su belleza y venían turistas de todo el mundo para ver sus altas montañas, sus verdes colinas y sus ríos de agua cristalina.

Me pusieron Malala por la gran heroína pashtún, la joven Malalai, cuyo valor fue un ejemplo para sus compatriotas.

Pero yo no creo en la lucha, aunque mi hermano de catorce años, Khushal, no para de provocarme. *Yo* no me peleó con él. Más bien, es *él* quien se pelea conmigo. Y estoy de acuerdo con Newton: para cada acción, hay una reacción equivalente y opuesta. Así que supongo que se puede decir que cuando Khushal se pelea conmigo, yo le sigo la corriente. Discutimos por el mando del televisor. Por los recados. Por quién es mejor alumno. Por quién se comió los últimos gusanitos. Por todo lo imaginable.

Mi hermano de diez años, Atal, me incordia menos. Y es muy bueno recogiendo la pelota de cricket cuando se sale del campo. Pero a veces él crea sus propias reglas.

Cuando era más pequeña y mis hermanos empezaron a llegar, mantuve una pequeña charla con Dios. *Dios* —dije—, *no me consultaste antes de mandarme a estos dos. No me preguntaste qué me parecía. A veces son un fastidio.* Cuando quiero estudiar, hacen un ruido terrible. Y cuando me cepillo los dientes por la mañana, golpean la puerta del baño. Pero ya me he conformado con estos hermanos. Al menos con dos se puede jugar un partido de cricket.

En nuestro hogar, en Pakistán, los tres solíamos correr como una conejera por las callejuelas próximas a nuestra casa; jugábamos a «corre que te pilló», a otro juego que se llamaba «mango, mango», a una rayuela que llamábamos *chindakh* (que significa «rana») y a policías y ladrones. A veces llamábamos al timbre de la casa de alguien y después corríamos a escondernos. Pero nuestro favorito era el cricket. Jugábamos al cricket día y noche en la callejuela que había al lado de casa o en nuestra azotea, que era plana. Si no podíamos permitirnos una pelota de cricket de verdad, la hacíamos con un calcetín viejo relleno de desperdicios; y dibujábamos con tiza las metas en la pared. Como Atal era el más joven, le mandábamos a recoger la pelota cuando ésta se salía de la azotea; a veces, ya puesto, aprovechaba para llevarse la pelota de los vecinos. Regresaba con una sonrisa pícaro y se encogía de hombros. «¿Qué tiene de malo? —decía—. Ellos se llevaron ayer la nuestra.»

Los chicos son así. La mayoría de ellos no son tan civilizados como las chicas. Por eso, cuando no estaba de humor